

13. Suplicando la preferencia de Cristo

Me gusta citar una frase muy aguda de San Bernardo: “¡Ay de nosotros si nos alegráramos de lo que no es en Cristo y por Cristo! ¡Ay de nosotros si ofreciéramos una pobreza que todavía se puede vender! - *Vae nobis si exsultaverimus, nisi in Christo et pro Christo! Vae nobis, si vendibilem obtulerimus paupertatem!*” (De diversis 21,3).

Es precisamente de esto de lo que habla San Bernardo: hacemos elecciones, hacemos votos, hacemos compromisos afirmando que no tenemos nada más querido que Cristo, y luego vamos y buscamos, precisamente a través de lo que prometemos, otros valores y ganancias que Cristo mismo, que sólo Cristo. Entonces justificamos la obediencia diciendo que al menos no hacemos malas elecciones; o justificamos la pobreza con la filantropía; o la castidad con la libertad de poder amar a todo el mundo, en lugar de tener que centrarse en la esposa y los hijos, como si los que se casan amaran menos que los solteros. Buscamos en nuestros compromisos razones y valores últimamente mundanos. Nos esforzamos por tener a Cristo como verdaderamente más querido que todo, y entonces no experimentamos cómo el amor a Cristo por encima de todas las cosas expande realmente el amor al prójimo, el amor a los pobres, pero también el amor a la esposa o al marido para los que están casados, a los hijos, a los amigos, al trabajo, o incluso a las posesiones, pocas o muchas, que uno tiene. Hay multimillonarios que, amando a Cristo, saben convertir en amor el uso y desarrollo de su gran riqueza, y pobres que son tan mezquinos que no saben ni compartir una sonrisa.

Sobre esto no debemos olvidar nunca la gran lección que dio Jesús justo antes de su Pasión, cuando María de Betania ungió sus pies con una libra de precioso nardo que Judas valoró inmediatamente en 300 denarios, él que vendió a Jesús por 30 denarios. Cuando calculamos lo que ganamos por estar con Cristo, por seguirle, perdemos el valor infinito e incalculable que Cristo es para nosotros y para todos. María de Betania no dudó ni un momento en gastar 300 denarios de nardo puro sólo para ungir los pies de Jesús. Como si se dijera que hasta los pies de Jesús valen todo lo que tenemos, todo el perfume que las jóvenes hebreas aparentemente guardaron, gota a gota, para rociar la cama nupcial el día de su boda. Si esto es cierto, fue como si con ese gesto María eligiera a Cristo como su único esposo, y así hiciera una especie de profesión de virginidad para ser toda suya, toda consagrada a Cristo.

Judas y María de Betania se contraponen para hacernos comprender que cuando Cristo no es más querido que todo lo demás, lo traicionamos, traicionamos la única manera de estar unidos a Él que es, como diría San Benito, no preferir absolutamente nada a Cristo y a su amor (cf. RB 72,11; 4,21). Traicionamos a Cristo cuando no lo preferimos a todo, porque traicionamos su valor infinito que nada ni nadie puede tener aparte de Él.

Pero, por supuesto, al decir esto queda claro que todos traicionamos esta preferencia absoluta, es decir, nunca somos verdaderamente capaces de hacerlo.

Sólo el corazón inmaculado de la Virgen María podía preferir verdaderamente a Jesús a todo. Por eso debemos ver también en el gesto de María de Betania un gesto penitencial, como el de la pecadora que en casa del fariseo Simón entró y se puso a bañar los pies de Jesús con sus lágrimas y a ungirlos con aceite perfumado (Lc 7,37-38). No podemos expresar nuestra preferencia por Jesús de otra manera sin pedir perdón por todas las traiciones que llevamos en el corazón. Entendemos que Cristo es el único que merece preferencia absoluta, que sólo Él tiene un valor incalculable para nosotros, pero entonces siempre caemos en nuestra propia mezquindad, en la búsqueda de nuestros propios intereses, en la búsqueda de nuestro orgullo. Quizá cuando San Pablo escribió: "Todos buscan su interés, no el de Jesucristo." (Flp 2,21), lo dijo con la conciencia y la contrición de que él también formaba parte de ese "todos". La verdad de nuestra preferencia por Cristo es la conciencia de ser fundamentalmente traidores, la conciencia de la que San Pedro, después de su negación, ya no pudo desprenderse.

Pero esta conciencia, que siempre alimenta y renueva la humildad con la que estamos llamados a seguir a Cristo, no debe ser deprimente, triste. Lo es si lo expresamos con más preocupación por nosotros mismos que por amar a Cristo. Si lo expresamos con el deseo de amar a Cristo, de preferirlo de verdad, entonces se convierte en un acto de súplica, en una oración profunda de nuestro corazón. Todo lo que sacrificamos por Jesús, la libertad, las posesiones, los vínculos afectivos, son más una exigencia que un don, son más un vacío que ofrecemos a Cristo para que lo llene que algo que pretende llenar a Cristo, para servirle a Él que ya lo tiene todo y lo puede todo. María de Betania derramó todo el nardo sobre los pies de Jesús sabiendo muy bien que el nardo se desperdiciaba, que no beneficiaría a Jesús. Pero el frasco de nardo que vació sobre Jesús era un símbolo de su corazón vaciándose de lo que es precioso para el mundo para llenarse del deseo ardiente de la presencia de Jesús, de su amor, de la comunión con él. En otras palabras, no debemos vivir nuestros compromisos con Cristo y para Cristo como un regalo que le hacemos, sino como una exigencia, como una apertura a su entrega a nosotros. Sólo Cristo es el Don que el Padre nos da en el Espíritu Santo.

Es quizás en este sentido que Jesús reacciona al comentario malicioso y calculador de Judas con una frase misteriosa que debemos ponderar siempre: "Lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis". (Jn 12,7-8)

El nardo que María ya ha derramado sobre el cuerpo de Jesús se utilizará para su sepultura precisamente como un gesto que pide el don de Cristo, que lo pide y lo acepta justo cuando va a empezar a sufrir hasta la muerte en la cruz. Cuando Jesús sea enterrado, entonces se entregará totalmente para la salvación del mundo. María de Betania, al derramar el nardo, acepta ya todo el don que Cristo hace de sí mismo para salvar a toda la humanidad.